

me da en el pecho

RELATO COMO POSIBLE CORTOMETRAJE



Fotografías PrietoBotella

Por Juan Elorduy

Es el mes de octubre y Eugenia ha ido al Centro de Jardinería a ver si ya les han llegado los ciclámenes para reponer las flores de la ventana. Eugenia tiene 45 años y una ventana que da a un patio de luces con poca gracia. El mismo patio de luces comparte su vivienda y su despacho, en la planta baja del edificio. Así, compone las flores de ambas ventanas a juego. En invierno son siempre ciclámenes. Unos años dominan los ciclámenes rosados y otros, los rojos, depende.

A Eugenia le gusta especialmente esta flor, el ciclamen, con sus hojas redondeadas como los nenúfares de Monet y esa flor que el tallo, con un exceso de modestia, empuja hacia abajo como si tuviera que avergonzarse de algo, y cuyos pétalos, en cambio, se abren hacia arriba como alas de mariposa.

Eugenia ha ido al Centro de Jardinería en la furgoneta de la tienda, la tenía más a mano que su coche. Es sábado por la mañana y el aparcamiento del Centro de Jardinería está casi saturado de vehículos. Tiene que ir hasta el fondo, junto a la entrada de servicio de los camiones que traen los grandes contenedores con las plantas de los viveros de origen.

No, todavía no han llegado los ciclámenes, le dicen. Pero seguro que la semana próxima estarán aquí. Lástima. Eugenia vuelve hacia el coche jugueteando con el llavero. Antes de subirse a la furgoneta descubre, al lado de la puerta posterior del invernadero, dos árboles tumbados, con las raíces al aire. De las tres ramas que forman la cruceta salen unas ramitas débiles con unas hojas mustias. En ese momento se abre la puerta y sale el padre del encargado, que también trabaja allí, arrastrando un traspalé. Eugenia le pregunta por aquellos dos árboles y el hombre le dice, mientras se encoge de hombros, que son para tirar, que se secaron.

Eugenia le dice que parece que las ramitas no están del todo secas. El hombre se los mira sin agacharse y le contesta que puede, mientras se encoge otra vez de hombros. Eugenia insis-



te en que tiene la corazonada de que aquellos árboles todavía están vivos. Quizá si se les riega bien... El hombre la mira a los ojos y comprende. Deja el traspalé y va a hablar con su hijo. Mientras tanto, Eugenia se acerca y toca con las puntas de los dedos la corteza de los árboles. El hombre vuelve y le



explica que, según su hijo, aquellos árboles no tienen ningún futuro, son robles y les cuesta mucho arraigar en aquel clima; que él no trae nunca robles por eso, pero que un cliente se los encargó y después no volvió. Son para tirar. El hombre hace una pausa y mira a la mujer, que de nuevo se ha agachado para mirar mejor las ramitas jóvenes con hojas. "Si quiere, se los puede llevar", dice el hombre, esperando respuesta. -Sí, me los llevo, ¿cuánto le debo?

El hombre se encoge de hombros y niega con la cabeza, como diciendo "nada" y se dispone a ayudarla a cargar los árboles en la furgoneta.

Eugenia sale del Centro de Jardinería sin los ciclámenes pero con dos robles que sobresalen un par de metros por la parte superior de la furgoneta.

Por suerte, su casa no está muy lejos y no tiene que meterse dentro de la población. Vive en el límite entre el pueblo y el polígono industrial. Su padre había construido allí su casa y su negocio con toda intención. La mayoría del tráfico hacia los talleres del polígono debía pasar por aquel punto, donde la carretera giraba hacia el pueblo, y él montó allá una tienda de recambios. Durante unos años el negocio fue muy bien, luego, entre que se

desvió el tráfico por una ronda, y que se instalaron grandes cadenas de recambios en el mismo polígono, el trabajo decreció. Y murió su padre. Eugenia mantuvo el comercio por inercia, no tenía demasiado futuro pero no sabía hacer mucho más que seguir con el negocio de los recambios.

Con algo de esfuerzo consigue meter los dos árboles en el interior de la tienda. No quiere dejarlos afuera. Los apoya sobre el mostrador y mete las raíces cubiertas de trapos en una gran palangana de zinc con agua. Es sábado y no vendrá nadie hasta el lunes.

Eugenia, durante el fin de semana, baja a menudo a ver sus dos árboles. Con un trapo húmedo los limpia, como si se tratase de un par de enfermos, con mucho cuidado.

Eugenia no tiene jardín, ni terreno para plantar aquellos árboles. Se los ha llevado siguiendo una corazonada, sintió en el pecho que no debía dejar aquel par de árboles morirse tristemente en un vertedero. Pero en aquel momento no había pensado qué iba a hacer con ellos.

Ahora sí. Ya sabía. Cuando el ayuntamiento o la autoridad competente hizo la carretera de conexión del polígono con el pueblo, le quedó una curva tonta que resolvió con un parterre en forma de riñón para solucionar aquel pequeño giro. El parterre quedaba justo delante de la tienda de recambios y nunca en toda su existencia había recibido la visita de los servicios de jardinería municipal. Era un parterre fronterizo, en tierra de nadie. Cuando su padre vivía se ocupaba personalmente de mantenerlo cuida-

do, no por amor a las plantas, sino para favorecer su negocio. Eugenia piensa que sus dos árboles quedarán muy bien allí delante. Seguramente, cuando se hagan grandes y frondosos ocultarán el cartel del comercio, pero dará igual, ya sólo les quedan clientes habituales que les conocen de toda la vida.

El lunes por la mañana Eugenia se levanta temprano y baja a ver a sus árboles. Siguen igual. Espera a que llegue Juanra, el empleado con el que comparte las horas de atención en la tienda. Le oye entrar y no dice nada, esperando a ver su reacción. Juanra tiene 42 años, tres menos que Eugenia, y empezó como mozo de su padre. Ahora tiene menos pelo, una hija de cuatro años y pocas ambiciones. Es una buena persona y ama la rutina de aquel negocio que intenta mantener pulcro y ordenado. Como siempre.

A Juanra le sorprende ver aquellos dos troncos allí, recostados sobre el mostrador y con los cepellones envueltos en trapos húmedos y en una palangana. Mira a Eugenia. Ésta le explica su idea de plantarlos en el parterre de delante de la tienda. Él acepta y sin pensárselo mucho, ni discutir nada, coge un pico y una pala y sale a hacer los agujeros. Hay que ser prácticos y retirar aquellos árboles antes de que lleguen los primeros clientes.

Eugenia se informó de los mejores abonos y técnicas para cuidar a los robles. Durante un año regó cada día sus árboles, les hablaba cuando pensaba que nadie la veía, los rociaba con agua sin cal vaporizada, les daba golpecitos, como el que acaricia el cuello de un caballo.

Un año justo después de haberlos plantado, Eugenia reconoció que estaban muertos.

Juanra se ofreció a retirarlos, pero ella le dijo que no. Aunque no sabía por qué. Había recogido aquellos árboles porque le dio muy fuerte en el pecho la corazonada de que salvarían su vida. Para ella habían sido como un símbolo. Se decía: resistente como un roble. Pensó en dejarlos como el que tiene una escultura. Encontraba su forma atractiva, aunque no eran más que un par de troncos robustos y rectos con tres ramas podadas en la parte superior (las ramitas con las hojas mustias habían desaparecido pronto, con la primera ventada del invierno). Le parecía que aquellos árboles representaban algo, aunque no sabía qué. Su visión le provocaba una

cierta melancolía y un dolor amargo. Le hacía pensar que no todo se puede revivir aunque lo riegues con cariño y esfuerzo. Le recordaba lo absurdo de su dedicación hacia aquellos árboles, como hacia tantas otras cosas que no prosperaron. Aquellos árboles eran el paisaje de su existencia. No los retiraría. ¿Para qué? Lo cierto es que les había cogido cariño, como a tantas otras cosas en las que una vuelca sus esperanzas y esfuerzos. Como a tantas otras cosas a las que una se acostumbra. Y, sí es cierto que le traía tristeza recordar aquel fracaso, pero hacía años que Eugenia había aprendido a convivir con la tristeza como una compañera más. Pero, en aquella ocasión, la corazonada con aquellos árboles había sido tan clara e intensa que le sorprendía que detrás de aquella percepción tan fuerte no hubiera nada.

Un martes, a la una menos diez del mediodía, un conductor que acaba de salir del polígono industrial pierde el control de su vehículo. El coche derrapa en la curva que hay delante de la tienda de recambios de Eugenia y choca lateralmente contra los dos árboles del parterre. Los dos árboles se desgajan por el impacto y caen con estruendo sobre la acera.

Juanra, dentro de la tienda, deja escapar un grito y sale disparado a la calle con el corazón encogido. El pulso le martillea las sienes. Las rodillas le ceden por el susto y el alivio al ver a su hija en la acera. Lo mira asustadísima y a punto de llorar, está al lado del coche accidentado y entre los dos árboles caídos a lado y lado.

Los árboles muertos habían salvado la vida de la niña. Juanra, de rodillas, abraza a su hija, que ha ido avanzando a pasitos hacia él y que ha arrancado a llorar del susto. Llega Eugenia hasta la puerta y ve la escena. Entonces comprende que aquellos árboles habían de salvar una vida, pero que no era la suya.

A la mañana siguiente, Juanra encarga al Centro de Jardinería dos robles nuevos, dos robles sanos y fuertes.



nuestros diseñadores MIGUEL MILÁ, RAMÓN BENEDITO, GEMMA BERNAL, ANTONIO ESCARIO, VICENTE ALVADO



www. **seyfor** .com

fabrica/factory
seyfor
 partida de inmediaciones, 32
 san vicente del raspeig, alicante
 03690 Spain
 tel. 0034 965 661 735
 fax 0034 965 665 861
 info@seyfor.com

